

Solo se escuchaba un grito de entusiasmo por su maravillosa belleza. Era la pureza de líneas y la virginidad de las expresiones del rostro de las *madonas* de Rafael en el cuerpo de una *Psiquis* de Fidias: la virgen cristiana, tan casta, tan celestial como haya podido soñarla en su éxtasis el solitario mas piadoso y apasionado, por el culto de la muger divinizada. La llamaban en el pueblo *el cuadro del altar*, porque habia en el coro de la iglesia una estatua de una santa, por Migward, que se parecia mucho. Aquella forma verdaderamente angélica, para una muger terrenal, y aquel rostro de ideal perfeccion en los rasgos, no contenia mas que dos marcas: belleza y piedad. No habia evidentemente nacido para agradar á los hombres, sino para deslumbrar y adorar. Era uno de esos seres que Dios muestra á los hombres, pero que reserva para su culto; un niño de coro de su templo sobrenatural, una constelacion del cielo; ojos que se ven de lejos; que no se tocan jamas. Tenia en el mundo el instinto y como el presentimiento innato de su vocacion única de reflejar á Dios y adorarlo. Era la oracion viva y la contemplacion arrodillada. Mi madre no podia arrancarla de los altares. Le habia inspirado desde muy temprano un soplo demasiado fuerte de sus aspiraciones hácia lo infinito. Aquel soplo la separaba enteramente de la tierra, y mi madre no podia ya atraerla.

En aquel momento, saliendo Susana de la iglesia, su verdadera habitacion, se volvia de cuando en cuando para dirigir todavia desde el fondo de su corazon, un saludo ó despedida á los tabernáculos que su alma habitaba. Tenia bajos los ojos, para que sus miradas á la multitud que la contemplaba, no dejasen evaporar uno solo de sus fervores. Sus dos manos juntas, sostenian sobre su pecho su libro de oraciones, en un estuche de terciopelo negro. Las mas ligeras miradas se tornaban graves y santas al verla. Se conocia que no habria en la tierra un hombre digno de reemplazar aquel libro sobre su corazon, y que el amor seria para aquella pureza, no una llama, sino una profanacion.

En las otras dos hermanas que seguian a Susana, habia una diferencia de talle mucho mas sensible, que entre ella y sus hermanas mayores. Parecia que habia allí un intervalo de nacimiento, ó la pérdida de alguno de los hijos de la madre. Aquellas dos frentes juveniles, en lugar de nivelarse, no llegaban mas que á los hombros de Susana. Era como una escalera á la que hubieran faltado varias gradas.

XIII.

La que mas se acercaba á Susana, de mis hermanas, se llamaba Cesarina. Tenia diez y seis años, un año mas que su hermana; pero estaba destinada por la naturaleza á crecer como un vástago tan flexible y tan magestuoso como los dos primeros tallos. Mas bien formada ya, y menos esbelta en su estatura, era una de esas plantas que maduran antes de tiempo. Nada manifestaba en ella á la jóven de los climas y de la sangre templada de la familia de que habia nacido. Cierta cosa meridional y ardiente caracterizaba su belleza. Sus cabellos de color castaño oscuro, eran menos lustrosos á la vista, menos suaves al tacto, que los de sus hermanas; estaban como tostados por el sol de Nápoles ó de España. Sus ojos casi negros, tan oscuro era el color azul de ellos, rasgados y muy próximos á la cabeza, estaban cubiertos con una franja de pestañas mas largas que las de muger alguna que haya yo visto, escepto en Asia. Su frente era muy corta, por efecto de los cabellos, que bajaban en su nacimiento como la de mi padre. Su nariz recta, corta, menos afilada que la de nuestra raza; sus labios, mejor modelados, mostraban, cuando se sonreia, dientes de un esmalte mas puro, perfectamente iguales y mucho mas pequeños que los nuestros. El óvalo de sus mejillas era un poco mas redondo; su piel, menos fina y blanca, tenia esos toques ardientes é iluminados por el fuego interior que los pintores romanos dan con su pincel á los rostros de Judit, ó de *Sofonisbe* en la *Castidad de Scipion*.

Aquella encarnacion no era como un carmesí tornasolado, sino como un terciopelo de frescura y de vida. El metal de su voz tambien era mas varonil, y tenia vibraciones mas sonoras que el de sus hermanas. Al oirla se habria creido que hablaba el lenguaje del Dante, con el acento florentino. En todo era una jóven romana, encerrada por un capricho de la casualidad en un nido de las Galias; una ráfaga de viento del Mediodía, que habia atravesado los Alpes, para venir á animar aquel cuerpo; un rayo de la costa de Sorrento ó de Pórtici, incrustrado con todo su fuego y esplendor, en una frente desterrada en el Norte. Su belleza, diferente de la de Susana, y muy superior en brillo, aunque no la igualaba tal vez en perfeccion, encantaba con su deslumbramiento. Podia contemplarse con frialdad á las demas; esta inflamaba, porque era una hoguera. Decian que á la edad de su completo desarrollo y de su imperio en las almas, seria una de las bellezas predestinadas á abrasar los corazones y á quemar los ojos, los mas fatales á la vista que osasen detenerse en los suyos. Su carácter en aquella época parecia corresponder á estos pronósticos. Tenia el atractivo repentino, el inocente abandono, la fogosidad, la obstinacion, la independenciam y caprichos de las almas ardientes de Italia antes de arrojar un aliento de pasion á aquella hoguera para que lo devoren. Temian que causase mas tarde muchas dificultades y pesares á nuestra madre. Aquellas aprensiones fueron vanas. Todo aquel fuego estravenado de la infancia se amortiguó en el corazon de la jóven. Una inclinacion combatida y vencida por la voluntad de la familia, un matrimonio verificado por obediencia, y piadosamente aceptado como un sacrificio filial, la tristeza y la muerte en un clima que no era el de su sangre, debian ser el destino de aquella jóven. El fuego apagado por las lágrimas; esto aconteció á Cesarina. Pensaré en ella siempre hasta la hora de mi muerte.

Daba su mano en aquel momento á la última de la familia, á la hermana mas pequeña y niña todavia, que se llamaba Sofia.

Era un rostro de las orillas del Rhin; de ojos húmedos y lánguidos, de brillante cabellera, de espresion meditada, sensible y dulce. Volvia sin cesar el rostro, y fijaba sus ojos en los de mi madre para adivinar y obedecer lo que mandasen. Ternura, ingenuidad, obediencia; en fin, un carácter cuyos elementos eran todos virtudes. Mi madre la adoraba, como todas las mugeres adoran, sobre todo, á su primero y último hijo, el primero que llega á descansar en sus rodillas para enseñarles que son madres, y el último que queda en la casa, para recordarles que han sido jóvenes. Aquella debilidad de mi madre habria mal criado á Sofia, si ésta hubiera sido susceptible de abusar de un ascendiente de ternura. Pero Dios no habia mezclado una imperfeccion á la arcilla con que habia formado á aquella niña en la avanzada edad de nuestro padre. Era la inocencia de la familia: su destino correspondió mas tarde á su rostro y á su voz.

XIV.

Mi madre, que me buscaba involuntariamente para engalanarse con toda la felicidad agrupada de aquel modo á su rededor en la puerta de la casa de Dios, á quien ella presentaba todo, me dirigió una sonrisa y me hizo una seña. Atravesé la multitud, y me reuní con ella y con mis hermanas. Mi padre nos esperaba un poco mas lejos. Volvimos con lentitud y todos juntos á la casa, acompañados por algunos de los amigos de mi familia, que se aumentaban á cada instante. La multitud se apartaba, murmurando palabras de admiracion al ver aquella madre en medio de aquella encantadora comitiva, que se habia formado á sí misma. Era la *Niobe* de las orillas del Saona, antes de sus desgracias. Yo leia en todas las fisonomías la cordialidad y la bendicion interior de los corazones del pueblo, por aquella muger santa y hermosa. Caminaba solo á algunos pasos de distancia de aquel gracioso grupo de mis jóvenes hermanas, cuyas rubias trenzas veia yo flotar sobre sus vestidos, de un mismo corte y de igual color

El espectáculo de aquel padre y de aquella madre, conduciendo de la casa de la oracion á la casa de ternura, á aquella cadena de niños amados, amantes, felices y bellos; de aquellos amigos, parientes, vecinos, artesanos y criados, asociándose con la vista, con la sonrisa y con el corazon á aquella magnificencia de la naturaleza, en una familia amada por todos, me causó una fuerte impresion que no se me borrará jamas. Comparé maquinalmente aquella inocencia, aquella pureza, aquella tranquilidad de la madre y de sus hijas, aquella magestad del padre, aquella seguridad de conciencia, del deber y de la felicidad, en aquel círculo de afectos vivos, apretado de aquella manera al rededor de la casa de nuestra cuna, con las evaporaciones, los delirios, la plenitud y el vacío desesperado del corazon, que acababa de sentir sucesivamente en mis primeras escursiones en el camino de la vida. No pude dejar de reconocer en mí mismo, que si Dios ha colocado el delirio en los sueños, ha puesto la felicidad y la paz del alma en las realidades. Una familia virtuosa y tierna, es la raíz del árbol de la vida. Cuando la rama se desprende del tronco, el viento la arrastra á los torbellinos y á los precipicios de las pasiones.

XV.

Bien que yo sintiese, al entrar bajo el vestíbulo pacífico y sombrío de la casa de mi padre, lo que se siente cuando se entra en un santuario, cuya puerta, que nos separa de la multitud, se cierra tras de nosotros, sin embargo, por aniquilado que yo estuviese por la tristeza, era demasiado jóven y muy ardiente todavía para no cansarme de aquel asilo, muy estrecho para mis alas y muy monótono para mi movilidad. Mas en el primer momento, no sentí mas que el piadoso sosiego, ese dulce contagio del alma de mi madre, que se manifestaba en sus pasos como la sombra visible de la maternidad. Me formé un retiro en el silencio y ocupaciones uniformes en mi cuarto, á ejemplo de lo que veia á mi rededor.

He aquí lo que era entonces la casa paternal y de lo que se componia el resto de la familia.

XVI.

Mi padre, mi madre, mis hermanas y yo, formábamos únicamente toda la familia. He dicho que mi padre habia comprado una casa en la ciudad para concluir la educacion de sus hijas. Esa era la que habitábamos. Mas habia otra en un cuartel mas elevado de la ciudad, el hotel de nuestro nombre, la casa hereditaria de la familia, la habitacion de mi abuelo en otro tiempo, y entonces la del hermano mayor de mi padre y de sus dos hermanas solteras, de mas edad que mi padre; casa alta, inmensa, noble en su sitio y aspecto, conservando ese resto de esplendor un poco triste que la Revolucion habia dejado en los edificios cuyo umbral habia pisado, inmolado ó proscrito á sus habitantes. Una puerta maciza, un ancho y largo vestíbulo daban nacimiento á las gradas de la escalera principal; en el piso bajo una porcion de salas, comedores y salones magníficamente enlosados de mármol, y adornados con enmaderamientos esculpidos sobre las puertas pintadas y decoradas de arabescos. Todas aquellas piezas daban á un jardin encajonado como los de Nápoles ó Sevilla, en elevadas paredes, en las que los pintores italianos habian colocado algunas perspectivas. En el primer piso, un salon mas modesto y frecuentemente habitado, y las habitaciones de los principales miembros de la familia. En el segundo, salas casi desnudas, destinadas á las ancianas parientas religiosas, á los antiguos criados jubilados que habitaban el hotel, á los amigos y á los huéspedes estrangeros que iban de cuando en cuando á visitar á mi tío ó á mis tias. Tal era aquella casa, y tal es poco mas ó menos todavía ahora que los fallecimientos y las herencias sucesivas la han conducido de mano en mano, hasta llegar á las mias.

Por el lado de la calle estaba separada de las cocheras y ca-

ballerizas, por una plaza pequeña y solitaria, ocupada por un pozo cuya cadena se oía rechinar á todas horas. Desde las ventanas del primer piso se veía á una distancia de cien pasos solamente, las cimas todavía bajas de algunos tilos plantados en una gran plaza que llegaba hasta las antiguas murallas de Mácon. Mas allá, la fachada noble, pero austera, de un inmenso hospital, construido segun los dibujos del arquitecto del Panteon; los enfermos y convalecientes salían á recibir el aire puro, y se calentaban al sol, sobre el verde musgo, en la puerta del hospital; algunos viejos y niños se paseaban ó jugaban en la arena de la plaza de Armas; por detras las verdiosas faldas de algunos ribazos pequeños, sembrados de jardines y rodeados de bosques; ese era el horizonte que presentaban las ventanas. Era propio para calmar cualquiera imaginacion y encerrar todas las perspectivas risueñas y grandiosas con que se alimenta la vista. Era una habitacion de caballero español en alguna ciudad pequeña de Castilla, escepto la solemnidad artística y monacal de las catedrales y de las antiguas mezquitas de su pais.

Nunca entrábamos allí sin cierto respeto.

XVII.

El hermano mayor de mi padre habitaba aquella casa la mitad del año, y la poseía juntamente con sus dos hermanas. Era al único que se le daba el nombre de familia. La mayor de las hermanas se llamaba la señorita de Lamartine; nombraban á la segunda la señora condesa de Villars, por su titulo de canonesa y por el nombre de una posesion en el Franco-Condado, que le habia dado mi abuelo.

Aquel tio tenia entonces cerca de sesenta años; estaba cascado por la edad, por consecuencia de una constitucion débil y por precoces enfermedades. Tenia la vista muy corta y caminaba vacilando. No participaba en nada de la naturaleza fuerte, elástica, sana y marcial de mi padre. Su estatura era mediana,

sus miembros delgados, su talle un poco encorvado por la costumbre de ver de cerca el piso, y pasar muchas horas inclinado sobre los libros de su biblioteca. Bien que tuviese en el alma los instintos constitucionales y liberales de 1789, y que fuese un antiguo discípulo y amigo de Mirabeau, habia conservado con bastante severidad el vestido exterior y aristocrático del antiguo régimen. Usaba zapatos con hebillas de diamantes, medias de seda, calzon corto atado en la rodilla, chupa de anchos faldones, é inmensas bolsas llenas de cajas de polvos, cadenas de reloj, formadas de anillos de oro, que flotaban en los muslos; el vestido abierto, la corbata estrecha como un collar bajo la barba, el sombrero de alas de pichon, la coleta sobre el cuello, la pomada y el polvo que volaba al rededor de su cabeza, á cada movimiento que hacia en la conversacion. Sus facciones eran originariamente puras, firmes, finas, los ojos grandes y negros, la nariz modelada como si hubiera sido de mármol, los labios delgados, casi siempre cerrados por la concentracion de su pensamiento, la tez pálida y trasparente, las manos delicadas, llenas de venas como en los retratos de Vandyck, con los cuales en todo tenia mucha semejanza. Tengo ese retrato muy bien grabado en mi cabeza, porque es una de las que he tenido mas tiempo para observar en mi vida, y que fué uno de los hombres que me causó en mis primeros años las mayores penas y el mayor bien. Fué con frecuencia la severidad y la contradiccion de mi destino, aunque nunca quiso ser mas que la segunda paternidad y la Providencia.

XVIII.

Era en todas las cosas el contraste de mi padre, y la naturaleza mas diversa de la mia.

Aunque fué educado para la guerra en la escuela militar, y sirvió algunos años, como toda la nobleza de provincia de su pais, en la caballería ligera de la guardia de Luis XV; sus gus-

tos sedentarios y estudiosos y su título de primogénito de la familia, destinado á casarse joven y á poseer solo todas las tierras de su casa, lo habian hecho volver muy temprano á la de su padre. Mas económico, mas arreglado y mas laborioso que mi abuelo, hombre encantador, pero pródigo, magnífico y embarazado á pesar de su gran fortuna, habia tomado sobre él un inmenso ascendiente. Se habia hecho el hijo necesario y muy amado, el consejero, el administrador de los inmensos bienes, aunque gravados y minados por el proceso de la casa. Habia tomado tambien naturalmente, tanto por el derecho de superioridad cuanto por el de la edad y por sus mayores servicios, la autoridad y la dominacion de la familia. Su mérito no habia tardado en conquistarle una reputacion de hombre de primer orden en las dos provincias del Franco-Condado y del Máconnais, donde estaban situadas las principales tierras de mi abuelo. En pocos años habia restablecido el orden en los negocios, el buen arreglo en los dominios, la regularidad en las rentas y gastos, suprimido el lujo inútil en la servidumbre y en los caballos, arreglado ó ganado los pleitos, redactado las memorias, hecho defender ó defendido él mismo sus intereses ante los parlamentos de Besançon y de Dijon. Habia tomado en aquella profesion el conocimiento de las leyes, el gusto á los negocios, la seguridad en la mirada, la costumbre de escribir y el don de hablar bien.

Habia unido á sus trabajos especiales, por la fortuna y honor de su padre, los estudios científicos mas generales y profundos. Habia tenido relaciones con M. de Buffon, que escribia entonces á Montbard su historia natural. Igualmente con Daubenton, el colaborador de aquel gran naturalista. Tampoco descuidaba la literatura, de la que el genio de Voltaire habia hecho el vehiculo de la nueva filosofia. Nuestras tierras de San Claudio, inmediatas á Ferney, le habian presentado la ocasion de tener algunas relaciones de vecindad con el hombre del siglo. No participaba de todas las opiniones filosóficas de Voltaire, pero amaba,

por la similitud de la naturaleza, ese sentido esquisito que manifiesta la idea con la misma precision que la cifra demarca el número. Aspiraba como él, á la reforma de las ideas retrógradas sobre el espíritu humano, de algunos siglos; con la nobleza aspiraba á subalternar al clero, como cuerpo político y como propietario de los bienes de la nacion; como provincial no amaba la corte, y deseaba instituciones que elevasen al pais sobre las antecámaras y *tragaluces* de Versalles; como filósofo y como sábio, conociendo su valor, queria que el mérito y la consideracion fuesen otros tantos títulos al poder que rivalizasen al menos con el del nacimiento. En una palabra, era de aquella vasta y casi universal oposicion de los últimos años de la monarquía, que presagiaba, pensando moderarla, una revolucion segura. No deseaba, sin duda, un trastorno; pero sí un arreglo de todas las cosas en el Estado. Sin embargo, en el fondo era mas republicano que lo que él mismo creia, porque su talento, eminentemente crítico y reformador, y su carácter altivo y absoluto, se acomodaban igualmente mal con todas las superioridades instituidas. No era mas que constitucional; pero tal vez hubiera sido revolucionario mas completo, si no hubiera sido aristócrata de hábito como Lafayettee y Marabeau.

XIX.

A los primeros anuncios de la tempestad, sus talentos y su consideracion hicieron que se fijasen en él los ojos, y fué elegido por la nobleza en los Estados de Borgoña. Pensaron en él para los Estados generales; sus enfermedades no le permitieron admitir el papel que se le destinaba. Se habria ciertamente hecho de mucha fama en la asamblea constituyente, si no como orador; porque le faltaba la voz y el fuego del entusiasmo, al menos como organizador y reformador entre los *Thouret*, los *Chapelier*, hombres de redaccion, de meditacion y de accion. Su espíritu,

que no inflamaba, iluminaba siempre desde lo alto y á larga distancia. No podia sentarse en una asamblea sin ser notado.

XX.

Bien que su naturaleza fuese fria y austera interiormente, habia tenido un afecto profundo y durable. La voluntad de mis abuelos le habia impedido el casarse con el objeto de su amor. Habia rehusado el hacerlo con otra, y de esta manera habia llegado, aunque hijo rico y preferido de una familia estinguida, hasta los cuarenta años sin casarse. A aquella edad y ya valedunario, habia mirado el pasado y el porvenir, y encontrado el camino demasiado corto para empeñarse en él con la larga comitiva de una muger y de una posteridad que tenia que conducir hasta el término de la vida. Se habia decidido á dejar los cuidados domésticos á sus dos hermanas, casi tan ancianas como él, y á entregarse en paz á sus gustos por la independecia, la ciencia y el estudio.

El objeto de su amor, que encontré con frecuencia en el salon de la familia, era parienta nuestra, hermana de aquel famoso marqués de Saint-Huruge, célebre por su turbulencia demagógica en las primeras escenas de la Revolucion, uno de los *huracanes* de Mirabeau, que se desencadenaba, como Camilo Desmoulins, Danton y Santerre en el Palacio Real ó en el barrio de San Antonio, sobre el pueblo, cuando se queria levantarlo para alguna manifestacion grande. El marqués de Saint-Huruge no era feroz ni aun jacobino; se hallaba agitado y era agitador. Le agradaba el movimiento y lo buscaba, el ruido y lo promovia. Era una celebridad de las plazas públicas, con una voz de Stentor, un talle gigantesco y gestos de demente. Lo ví todavía en mi infancia llegar á caballo á la casa de mis parientes acompañado de un aventurero polonés, con un vestido extraño y á caballo tambien. Lo recibian muy mal, y lo despedian con mucha brutalidad; se habia hecho realista; es verdad que nunca

habia sido terrorista; declamaba con delirio contra los infames que habian inmolado á Luis XVI, á la reina, á madama Isabel y á tantos millares de inocentes. Su actitud, sus gritos, sus gestos, sus miradas estraviadas, han quedado presentes en mi memoria desde la infancia. Algun tiempo despues se volvió loco, y fingieron creer que lo estaba. Bonaparte lo hizo encerrar en Charenton, donde murió.

Sus hermanas jóvenes, tiernas y santas, formaban el contraste mas asombroso con las opiniones, las costumbres y la turbulencia del marqués de Saint-Huruge. Despojadas de su fortuna y de sus asilos en los conventos, vivian piadosamente las tres juntas en una casita que les pertenecia, contigua á la de mi abuelo. La mas jóven era á la que habia amado mi tio. Tier-na, triste, graciosa aún, se veia en su fisonomía ese reflejo del amor entibiado, pero no estinguido en las almas.

XXI.

Los excesos y los crímenes de la Revolucion habian recaido sobre la familia, como sobre todas las de la nobleza, del estado medio ó del pueblo de Mácon. Mi tio fué apresado con su padre, madre y hermanas. El cadalso los tocó de cerca. Mas el horror contra aquellas demencias y los crímenes de la demagogia, no habian alterado su amor á la libertad y el gusto por las instituciones constitucionales, fuese bajo una monarquía ó bajo una república bien ordenada. Gemia sobre la Revolucion; mas ni la maldecia en su principio ni en su porvenir. El despotismo soldadesco del imperio lo oprimia é indignaba. El triunfo de la fuerza armada sobre todas las ideas y los derechos, ese gobierno sin réplica, esa última palabra de toda cosa en política, en filosofia, en religion, dada al cañon: aquella autocracia de policia sustituida á toda discusion en el pais de Voltaire, de

Montesquieu y de Mirabeau, eran para él intolerables. No lo ocultaba. Le habian ofrecido nombrarlo miembro del cuerpo legislativo, lo tentaron con un asiento en el senado; mas él lo rehusó. Hubiera pertenecido al pequeño banco de oposicion de los Cabanis, de los Tracy; no hubiera hecho como ellos y sus amigos, aproximarse á la tiranía, para expiar en la impotencia sus excesos y su caída, con la apariencia de una complicidad con la servidumbre general. Quiso mejor permanecer libre, solo y sin responsabilidad en su retiro. Cuando el emperador llegó á Mácon y se detuvo allí muchos dias en 1809, llamó á mi tío y tuvo con él una conversacion en presencia de Mr. de Prat, el arzobispo de Malines y de algunas personas de la corte imperial. El emperador quedó muy descontento con aquella conversacion. “¿Qué quereis ser? dijo al concluir.—Nada, Sire, respondió mi tío.” El emperador le volvió la espalda con un gesto colérico. Desconfiaba de los que no le pedian alguna cosa, porque querian conservar libres sus almas.

XXII.

Tal era el gefe temido y casi absoluto de nuestra familia. Reinaba sobre la opinion del pais, por la elevada y justa consideracion de que se hallaba rodeado; reinaba sobre sus dos hermanas, por el culto de afecto, de respeto y obediencia que le tenian: reinaba sobre mi padre, por la superioridad de la edad, de la fortuna y por el antiguo hábito de deferencia que los menores habian recibido como un mandamiento de Dios, por tradicion, hácia sus mayores, destinados bajo el antiguo régimen al gobierno absoluto de la familia: reinaba sobre mi madre, por el cuidado maternal que tenia y debia tener, de conservar en él el porvenir de sus hijos, de quien solo dependia: debia desear naturalmente reinar tambien y especialmente sobre mí, hijo único de la familia que pudiese llevar y perpetuar su nombre.

XXIII.

Hasta entonces, niño ó adolescente, habia tenido pocas ocasiones de sentir el peso ó el yugo directo de su voluntad sobre la mia. En los colegios ó en mis viages, no habia sentido todo esto mas que á distancia y á través del corazón de mi madre, que lo endulzaba todo. Pero entonces íbamos á encontrarnos frente á frente, él con su costumbre de autoridad, yo con mi instinto de juventud y de independencia. Porque no hubo jamas en una misma familia y en relaciones tan íntimas, dos naturalezas mas desemejantes que la del tío y la del sobrino.

El era hombre de reflexion y yo un niño entusiasta; él era hombre de especulacion y yo era un niño lleno de movimiento y de accion; él era frio y yo ardiente; él era sábio y yo me hallaba inspirado; él era económico y yo pródigo; él se hallaba limitado en un estrecho horizonte, ordenado, de provincia, de una ciudad pequeña ó de familia, y yo presentaba á mi imaginacion unas alas que abarcaban el mundo; queria formarme á su imágen, y la naturaleza me habia construido á imágen de mi madre en otro molde y con diverso metal: no estimaba él mas que las ciencias y yo no comprendia sino el sentimiento. Para esplicarlo todo en dos palabras, él era matemático y yo era, ó podia ser, poeta. ¿Cómo unir la cifra con la llama?

Así es que se separaban siempre, á pesar de los esfuerzos que él y yo haciamos para reunirlos. Una se reasumia helada é inmóvil; la otra se evaporaba y corria con el viento. No podiamos comprendernos, amándonos. Mas él era mi maestro; y si podia impacientarse frecuentemente, por encontrar en mí una naturaleza tan involuntariamente rebelde á plegarse á la forma de su espíritu, á un discípulo forzado y sujeto, no me quedaba mas que indignarme en silencio y maldecir interiormente aquella casualidad desgraciada de familia, que condenaba á tocarse toda la vida á dos naturalezas de una inteligencia diferente y en